

# La Constelación S: Subyugación, Sacrificio y Salvación

Sandra López

*Investigadora Independiente*

**Resumen:** En este artículo retomaré la experiencia de investigación “Los Efectos del Conflicto Armado en la Vida de las Mujeres y sus Formas de Resistencia”, diseñada y ejecutada por la Ruta Pacífica de las Mujeres de Colombia, durante junio de 2003 y marzo de 2004. Esta investigación fue realizada en los departamentos de Cauca, Putumayo, Chocó y en la ciudad de Medellín. El objetivo del artículo es mostrar que la *Constelación S: Subyugación, Sacrificio y Salvación* ha sido una construcción cultural y que sus efectos se intensifican en contextos de conflicto armado. Se intentará argumentar algunas de las relaciones entre lo privado, lo público, la tradición, el presente y el conflicto.

**Palabras clave:** conflicto armado, resistencias, construcción cultural, subyugación.

**Abstract:** In this article I will return to the experience of the investigation “The Effects of the Conflict on Colombian Women’s Lives and Their Forms of Resistance”, conceived and carried out for the Colombian Women’s Peaceful Way, ‘La Ruta Pacífica’, between june 2003 and march 2004. This investigation was carried out in the Departments of Cauca, Putumayo and Chocó, and in the city of Medellín. The objective of the article is to show that the Constellation S: Subjugation, Sacrifice and Salvation have been a cultural construction and that their effects are intensified in the context of armed conflict. It will discuss some of the relationships between the private and the public, tradition, the present and the conflict.

**Key words:** armed conflict, resistances, cultural construction, subjugation.

## Presentación

En un miércoles de septiembre de 2003 tuve la oportunidad de encontrarme con una mujer muy vieja, me contó que se llamaba Rosa y me invitó a tomar un café. La mujer de 84 años me narró las historias de guerra que le relató su padre; habló de una época en la cual los hombres cavaron huecos en la tierra de su huerta para esconderse de un ejército que violaba mujeres, se llevaba los niños más grandes, dejaba a las niñas huérfanas y obligaba a los hombres a unirse a ellos, a morir o a convertirse en errantes en una tierra manchada por la sangre del pobre, del negro, del indígena, del campesino y todo aquel que estuviera en el camino.

Esa mujer después habló de su llegada a Medellín, de su vida de niña, de su trabajo en la Fábrica Nacional de Chocolates, de su primera vez con un hombre que le prometió matrimonio y con quien fue obligada a casarse por un embarazo prematrimonial. Ese hombre la sembró de hijos, que no llegaron con un pan de bajo del brazo; entonces la vida se definió con la palabra *subyugación*, pues la joven de ese entonces, se doblegó ante el deseo masculino que cada noche la manoseaba y ultrajaba. De tanto manoseo resultaron los niños y con ellos la subyugación se hizo mayor, pues ella estaba atrapada entre el deber sexual y el deber maternal, a uno y otro debía responder sin chistar.

La joven madre aniquiló sus deseos para *servir* a su marido e hijos, pues la cultura ya le había diseñado un itinerario de *sufrimiento*, el placer no era para ella; pues el esposo reclamaba sexo y los hijos, comida. Sexo y comida, he ahí los dos polos que signaban las posiciones de la mujer colombiana, que de noche se doblegaba antes las demandas del marido y en el día se inclinaba ante la tierra para sacar los frutos que luego cocinaría ante un fogón.

Cama y fogón, escenarios del dolor femenino, de la humillación de ser para otro que nunca ha escuchado el ensordecedor silencio de la mujer socializada para la *subyugación*. Este relato me hizo entender que en Colombia la propiedad de la tierra ha sido el gran motivo de las confrontaciones no resueltas y que la familia más que el fundamento de la sociedad, ha sido la cárcel para la mujer.

Después de tomarme ese café, salí a caminar entre confundida y pesimista, pues las diferentes guerras que se han vivido en Colombia se me superponían, mezclaba a campesinos sin tierra con soldados uniformados, fusiles con rifles, violencia en el campo con bandas urbanas, sangre en los ríos con violencia en la cama. La imagen de la sangre derramada me perseguía, se hacía realidad en las lágrimas de una madre inclinada ante la tumba de su hijo, de la viuda que reclamaba justicia, de la noticia de la niña violada por su padrastro, de la mendiga que tirada en la calle tenía colgada en su cuello una pequeña pancarta, solicitando monedas por su condición de desplazada.

Las imágenes de sangre derramada me confirmaban el *sufrimiento*, no dejaban espacio a la duda, la guerra también arrasa a las mujeres, porque son ellas las que se enfrentan día a día con el aniquilamiento masculino, levantan el cadáver, siembran la tierra y cuelgan en los

albergues de desplazados las ollas y juguetes que han podido reciclar de las basuras de aquellos que agencian la guerra. Estas mujeres recogen el cadáver porque la vida continúa, siembran la tierra porque miran el hambre en los ojos de sus hijos y cuelgan las ollas y los juguetes porque pase lo que pase, madre sólo hay una y ella es quien brinda a sus hijos la nutrición y la fantasía.

Como madre sólo hay una, la mujer hace de sus propias heridas cicatrices y de su *subyugación* y *sufimiento* fuerza para *salvar* la vida, replicando la tradicional cultura de géneros. Hoy como ayer, la mujer-madre reconstruye el tejido social y carga con toda la responsabilidad familiar; pues la guerra no cobra únicamente la vida de los hombres, sino que a quienes la sobreviven les amputa su rol público, haciendo de ellos monigotes de la maquinaria de destrucción que se traduce en venganza, violencia y desamor.

En este artículo retomaré la experiencia de investigación “Los Efectos del Conflicto Armado en la Vida de las Mujeres y sus Formas de Resistencia”, diseñada y ejecutada por la Ruta Pacífica de las Mujeres de Colombia, durante junio de 2003 a marzo de 2004. Esta investigación fue realizada en los departamentos del Cauca, Putumayo, Chocó y en la ciudad de Medellín. Participé en ella como investigadora en Chocó y Medellín, experiencia que me permitió recoger historias de vida, realizar grupos focales, elaborar entrevistas y aplicar talleres.

Las diversas fuentes me llevaron a identificar la constelación que aquí presento y propongo desarrollar a través de la conversación antropológica con dos historias de vida: la primera de una mujer afrodescendiente desplazada de dos municipios colombianos, por condiciones económicas obligada a vivir como refugiada en una albergue temporal, un coliseo deportivo, con más de cuatrocientas personas, donde su esposo murió de hepatitis b, y hoy por hoy en completo estado de indefensión vive en uno de los múltiples barrios subnormales de Quibdó, capital del Departamento de Chocó.

La segunda, la historia es la de una mujer de un barrio popular de Medellín, que fue madre soltera tempranamente, y por esa maternidad fue expulsada de su núcleo familiar, viéndose obligada a refugiarse en un barrio subnormal, que con el tiempo se convirtió en territorio de disputa de los diferentes actores armados que protagonizan el conflicto armado. Ella fue acusada de colaborar con la guerrilla urbana, por lo

que estuvo en la cárcel y después de demostrar su inocencia fue desplazada de su barrio. En la actualidad es errante y víctima de la guerra urbana que se intensificó con las acciones militares del Gobierno Nacional, que hizo de la Comuna 13, su hogar, el infierno urbano que le mostraría al país lo que significaría la seguridad democrática.

El objetivo del artículo es mostrar que la *Constelación S: Subyugación, Sacrificio y Salvación* ha sido una construcción cultural y que sus efectos se intensifican en contextos de conflicto armado. Intentaré argumentar algunas de las relaciones entre lo privado, lo público, la tradición, el presente y el conflicto. Se advierte que se presentarán fragmentos de las historias de vida, prestando atención a las normas relativas a la extensión del texto y también por el pacto establecido con las entrevistadas.

### **“Me ha tocado hacer de todo”**

*Tengo 39 años, nací en Quibdó Departamento de Chocó, en mi época uno estudiaba muy poquito, por eso sólo hice hasta el primero de bachillerato. Soy madre de siete hijos y tuve tres abortos, he tenido dos uniones y quiero contar mi vida porque soy desplazada y me ha tocado hacer de todo.*

#### *Subyugación*

*Cuando era niña vivía con mi mamá, el padrastro, dos hermanos, la abuela, dos tíos y dos tías. En ese tiempo las decisiones las tomaba el padrastro, él decía quien salía, cuándo y hasta qué hora, todos le hacíamos caso. Me acuerdo que mi mamá y mi tía peleaban porque, según mi mamá, ella era confianzuda con mi padrastro. Las peleas eran tan fuertes que se daban golpes, entonces la abuela las separaba y regañaba a cada una. La cosa se puso tan fea que un día el padrastro se fue y mi hermano mayor tomó su lugar, empezó a mandar, a pesar de que mi madre era la que cogía el machete y el hacha para trabajar. Yo la acompañaba al monte, a la mina y a la cocina.*

*Entre la cocina, la mina y el monte fui creciendo y mi hermano mayor cada vez se metió más conmigo, me pegaba porque no le obedecía, por traviesa y por volarme para ir a bailar. Sin embargo, me gustaba tanto reunirme con otros niños en el potrero para irnos al río, que no me importaba que después me gritara machorra y me pegara.*

*En ese tiempo nadie me habló de sexo, ni de nada, vivía y nada más, soñaba con ser una gran enfermera y tener una vida muy cómoda. Cuando jugábamos bodas, que consistía en hacer una comidita, yo siempre era la enfermera que atendía a los enfermos por comer tanto. Mi pueblo era un paraíso, los niños jugábamos saltando una cuerda, por las quebradas, nos escondíamos en los potreros,*

*ibamos a la iglesia y en las noches bailábamos, la profesora nos trataba muy bien y nos gustaba el colegio.*

*En ese tiempo yo no me preocupaba por nada, sólo trabajaba y jugaba, eso era lo natural.*

### *Sacrificio*

*Cuando tenía dieciséis años, fui a un baile de 25 de diciembre, conocí a un muchacho, empezamos a bailar y él me preguntó cómo era mi vida, yo le conté que mi hermano mayor era muy bravo, que me pegaba, que mi mamá ya no podía mantenernos y que estaba muy aburrida de tanto trabajar y aguantar golpes. Esa noche me dijo que me fuera con él y así empezó mi vida con un compañero.*

*Nos fuimos de Quibdó para el “el 18” en Carmen de Atrato, departamento del Chocó, en una casa muy pequeña vivíamos él, mis seis hijos y yo. La vida transcurría trabajando en la mina y el monte; hasta que un día, al pueblo empezaron a llegar desconocidos, nadie sabía qué querían, impusieron reglas y exigieron parte del producto de la mina y la siembra.*

*A mi compañero le llegaron rumores de que los desconocidos eran paramilitares quienes nos exigían a todos pagar, pero él no hizo caso, siguió en lo suyo, hasta que un día llegó a la mina un comadre y le dijo que lo iban a matar, así sin más lo amenazaron y nos tuvimos que desplazar. El desplazamiento es algo muy duro porque afecta la economía familiar y la dignidad. Mi compañero se llenó de miedo entonces me desesperé, me sentí sola y con mucha responsabilidad. Yo no sé por qué nos hicieron eso.*

*Nos desubicaron, nos dejaron sin trabajo y nos obligaron a vivir en medio de la pobreza en el coliseo deportivo de Quibdó con más de cuatrocientas personas; una de las cosas más dolorosas, fue que mi compañero empezó a marchitarse, hasta el punto que se murió de hepatitis b, el pobre no soportó tanta hambre y humillación.*

*Mi hijo mayor se puso muy rebelde, empezó a andar por las calles de Quibdó, a compartir con muchachos muy bravos y a drogarse, llegaba al coliseo y renegaba de la pobreza, de la falta de comida y quería ropa como la de sus amigos, llegó al punto de pegarme. Mis pobres hijas todas confundidas no sabían si los policías y militares eran buenos o malos, tenían que aceptar la rabia, los malos tratos y golpes del hermano.*

*Como madre y compañera el desplazamiento hizo que me sintiera desubicada del todo y con el alma partida en pedazos, como mujer me sentí bastante mal, tratando de olvidar el desplazamiento de allá y teniendo que vivir uno en el coliseo, porque uno tener que pasar la noche en vela cuidando a sus hijas para que cualquier borracho no las coja es una cosa muy terrible, uno saber que sus hijos no tiene qué comer parte el alma y encima que se le muera el compañero y que uno no tenga ni con qué comprarle la caja ¡eso es muy horrible! A uno sólo le queda aceptar que está sola como mamá.*

## Salvación

*Con el desplazamiento me obligaron a renunciar al paraíso donde vivía, a tener un trabajo y a mi sexualidad, porque eso sólo tiene sentido para ser mamá y yo no quiero sino trabajar para mis hijos y tal vez salvarlos de tanta maldad.*

*Cuando yo vivía con mi compañero él sostén la casa, tomaba las decisiones y yo vivía tranquila, nada más trabajaba. Tenía sexo con él porque a uno le toca, pero no me preocupaba por estudio y comida. Ahora toda la responsabilidad está en mí.*

*Después de que se murió mi compañero, en el coliseo hubo un problema muy grande conmigo porque yo sólo me puse el luto un año, ¡pero es que no tenía ropa negra!, incluso ese año todo fue regalado. Las señoras me miraban feo que por que yo era una mala mujer, a mí me afectaba y lloraba, tenía muchos problemas con mis hijos y respondía violentamente.*

*Un día me encontré con un primo del compañero muerto, empezamos a hablar y me propuso que me fuera con él, al ver que el gobierno no nos resolvía la situación, decidí salirme para un rancho con él y mis hijos. La cosa se puso peor, porque mi hija mayor se fue de la casa y se embarazó, el hijo siguió en lo mismo y quedé embarazada de la última niña. Ese compañero me abandonó, se fue con una amiga mía.*

*Me quedé con mis siete hijos en un ranchito sin luz ni agua, ahí vivimos todos y yo lavo ropa, trabajo en un restaurante por días, ahora estoy intentando salir adelante con ellos aunque estoy muy sola, pero no me hacen falta los hombres pues yo no sé si estuve enamorada alguna vez, de verdad lo único que me importa es tener una casa para mis hijos.*

*A estas alturas de mi vida yo sé que me ha tocado hacer de todo, sin embargo, no me avergüenzo, porque la gente nunca está contenta, si uno está solo malo, si tiene compañero malo, si busca plata malo, si no la busca malo, si se quita el luto malo, si se la pasa llorando malo, entonces todo es malo.*

## Sensaciones, aceptaciones y renuncias

Tradicionalmente las familias chocoanas se caracterizan por ser extensas, lo que significa que conviven en una misma casa parientes de diferentes generaciones y grados de consanguinidad; también es común la convivencia con *entenados/as*, expresión de la región, para diferenciar a los hijos/as de progenitores distintos; por ejemplo, el hijo del compañero con otra mujer.

En esta sociedad es común que el hombre tome las decisiones, el abanico de posibilidades se extiende del padre al padrastro y hermano mayor; en el caso del padre o el padrastro dicho rol está parapetado en la participación económica, pues él es reconocido como proveedor. En el caso del hermano mayor la situación se justifica en el hecho de que el

padre o el padrastro estén muertos o ausentes, así la madre, pese a responder económicamente por la familia, legitima sus decisiones con el consentimiento de su hijo mayor.

En relación con los roles y jerarquías en la familia se presenta una constante en la representación de los lugares femeninos y masculinos: el hombre es proveedor y la mujer, madre y ama de casa; sin embargo, vale la pena señalar que cuando hay una unión entre una mujer, que tiene hijos de una relación o relaciones anteriores, con un hombre solo, a ella le toca trabajar en lo económicamente productivo hombro a hombro con el padrastro. Llama la atención este hecho porque tradicionalmente el rol productivo de la mujer no es reconocido, pues no se considera que el hombre obtiene mano de obra para trabajar en la tierra o la mina; es decir, se desconoce que la mujer sí participa en el sostén económico de la familia.

Las representaciones del conflicto familiar tienen dos dimensiones centrales; la primera relativa al eje autoridad-poder, en este sentido se presentan disputas entre quien ostenta el poder y quien está desposeído del mismo, por ejemplo hombre-mujer y hermano mayor-hermanas. La segunda dimensión vinculada al eje celos-reconocimiento, donde se dan desavenencias entre hermana-hermana, madrastra-hijastra. Ambas dimensiones se exacerbaban en las familias extensas, donde los hombres imponían un poder generando tensiones entre compañera e hija por el amor-aceptación del esposo-padre.

En este contexto de tensión por lo general se registran violencias físicas, verbales y simbólicas ejercidas por diferentes personas: padre, padrastro, hermano mayor y abuela castigadores de mujeres, niñas y niños; en muchas ocasiones la madre y la madrastra también asumen este rol, convirtiéndose en una suerte de verdugas de sus propios hijos e hijas, y de vigilantes de la obediencia de la tradición que legitima la acción masculina.

El afecto aparece como un continente enigmático, pues existen restricciones en las relaciones entre niñas y niños, el contacto es posible por las instituciones, por ejemplo la Iglesia y la escuela mixta; mientras que la distinción se sostiene en la tradicional cultura de géneros que prescribe comportamientos para mujeres y hombres, acusando a las primeras de “machorras” cuando desempeñan un lugar definido como masculino; la misma cultura de géneros inhibe las

manifestaciones afectivas entre la madre y el padre, y, sin embargo, promueve las del hombre con otras mujeres.

También esa cultura tradicional de géneros es la que está en la base de los sueños de muchas niñas chocoanas que afirman querer ser enfermeras, profesoras y madres, las tres comparten una suerte de compromiso y disposición favorable de estar para el otro, de protegerlo y acogerlo con afecto. Enfermera, profesora y madre son expresiones de la misma representación femenina vinculada al servicio.

En las entrevistas realizadas en el marco de la investigación “Los Efectos del Conflicto Armado en la Vida de las Mujeres y sus Formas de Resistencia”, realizada por la Ruta Pacífica de las Mujeres de Colombia, al preguntarle a una mujer chocoana ¿cuál era su sueño de niña? respondió que no quería “ser esposa sino ser libre”; mientras que otra, expresó que deseaba “ser la mujer del novio que tenía”. Al comparar ambas respuestas se hace evidente la subyugación histórica de la mujer a los deseos masculinos, pues si bien una consideraba a la relación inhibición de la libertad y la otra realización de su deseo, lo interesante es que ambas, como niñas, definieron su sueño, como mujeres, en relación con lo masculino y al matrimonio.

Aún en la actualidad la sexualidad no es un tema de discusión entre madre e hija, el silencio y el tabú persisten, especialmente en las zonas rurales; no obstante, la sexualidad tabú contrasta con lo que se vive cotidianamente, pues el hombre y la mujer pueden tener diversas relaciones sin rechazo social. Podría pensarse que la flexibilidad relativa a las prácticas sexuales traduce una modalidad de relaciones económicas, ya que culturalmente la mujer requiere un compañero para el sustento de sus hijos/as, y el hombre necesita una mujer y sus hijos/as, como mano de obra para el trabajo agrícola y minero.

El cuerpo tampoco es referente de conversación, así hoy por hoy muchas niñas chocoanas viven su primera menstruación sin saber qué pasa. En algunos casos, especialmente en las zonas rurales, la madre habla en el momento de la menarquia para inducir miedo en la chica, pues a partir de ahí la sexualidad femenina se convierte en amenaza. Más que salvaguardar la virginidad, la madre chocoana se esfuerza por evitar el embarazo de su hija. Le inculca la idea de que el sexo es para tener hijos/as y que sólo se tiene con el hombre que se la lleve con él. De este modo la sexualidad femenina es subyugada a la reproducción y el deseo masculino.

El territorio, el cuerpo y la sexualidad conforman una tríada no muy pensada en el mundo de las niñas chocoanas. Parece que se presenta una actitud fenomenológica con cada uno de los tres como referentes de vida. El territorio, el cuerpo y la sexualidad componen vértices donde maduran las sensaciones, que catapultan a la persona hacia la imaginación y el deseo; sobre los tres se erige cada vida como un incesante deambular entre tradición y cambio, vida y muerte, memoria y olvido, determinación e indeterminación, ser de la vida definido como femenino o masculino.

Después de vivir en carne propia una experiencia provocada por el conflicto armado, muchas mujeres chocoanas son víctimas del desplazamiento forzado; son cabeza de familia porque sus compañeros están muertos, desaparecidos o se fueron. Asumieron, aún las que viven con su compañero, la responsabilidad económica de la familia y ahora ellas toman las decisiones.

Es importante precisar que si bien las mujeres ahora toman decisiones, dicha situación más que obedecer a un acto voluntario, responde a una coyuntura provocada por la muerte, desaparición, desolación, depresión, inestabilidad o huida de sus compañeros; en otras palabras, no tuvieron opción y la vida las obligó a cargar con la familia y, en consecuencia, a decidir.

Vale la pena enfatizar la indefensión de las ancianas y jóvenes, quienes representan los extremos en una sociedad en la cual la mujer es marginal en la forma como se distribuye el recurso y el ingreso; de ahí que mujeres entre 20 y 50 años deban asumir la responsabilidad de sostener a madres, sobrinas, hijas, tíos, etc., la mayoría de las veces por medio de trabajos que no exigen formación académica, sino más bien asociados a paciencia, dedicación, creatividad y fuerza física como son lavar, cocinar, limpiar, tejer y hacer artesanías, trabajos que en promedio, y de acuerdo con testimonios, son pagados con un salario de treinta mil pesos (\$30.000) mensuales.<sup>1</sup>

El conflicto provoca cambios en la familia transformando los roles de hombres y mujeres; en el caso de ellas a los roles tradicionales de madre y ama de casa, se suman las responsabilidades económicas,

---

<sup>1</sup> Una suma inferior a 15 dólares.

están más acorraladas por las circunstancias. Por su parte, los hombres que sobreviven parecen diluirse hasta convertirse en sombras, pues se fueron del hogar o se quedaron en las casa y pese a no ser los proveedores, siguen intentando imponer su palabra.

Algunas mujeres cuentan que cuando llegaron como desplazadas a Quibdó, sus compañeros no encontraron trabajo porque la oferta laboral estaba casi por completo restringida al servicio doméstico y ¡ese no era trabajo para un hombre! Varios intentaron impedirles que participaran en procesos comunitarios, pero ellas enarbolaron la responsabilidad de la maternidad y la impotencia masculina para resolver la situación familiar. Esta reacción femenina se explica por la vigencia de la tradicional cultura de géneros, que hace que la mujer acepte, de modo “natural” su maternidad y por ello no sienta vergüenza de hacer lo que sea por sus hijos/as.

El conflicto reseca la tierra, el cuerpo y la sexualidad femenina, el tiempo se dilata en la pobreza y se encoge para conseguir comida. Las amigas quedaron atrás, los recuerdos de afecto se diluyen y quedan fragmentos de solidaridad gestada en medio de la marginación de las desplazadas que añoran sus ríos, quebradas, plantas, sonrisas y juegos de niñas; ahora el dinero define las caricias. Algo se quedó en la tierra abandonada y en el cuerpo femenino quedan las huellas de la barbarie.

Entonces el conflicto hace del cuerpo femenino texto en el cual unos y otras, cercanos y extraños pueden leer los efectos de la guerra, marginación y explotación de quienes le han arrebatado a las mujeres el derecho a ser. El conflicto se hace cuerpo porque testimonia el resecamiento de la vida, la insensatez de la acción que derrama sangre, siembra desesperanza y promueve temor; el cuerpo de las mujeres evidencia el sufrimiento de la renuncia, y sin embargo, en las chocoanas persisten la ternura, generosidad y valentía.

Estas mujeres aprendieron a tener palabra pública y reconocieron que únicamente a través de organizaciones sus demandas podrían tener eco, extendieron lazos de solidaridad con otras mujeres, se hicieron compañeras y crearon redes de comunicación y apoyo alimentario, están forjando posibilidades económicas; en definitiva, las mujeres le están dando la cara y el corazón a la vida.

Es importante señalar que esta actitud proactiva de las mujeres no es el resultado del conflicto, sino más bien, ante sus efectos, el producto

del fortalecimiento del rol materno que las empuja abrirse camino cueste lo que cueste, a salvar la vida.

Queda el recuerdo y con ella la memoria escrita, en medio de risas y lágrimas, de mujeres generosas que cuentan su historia, para que una y otro escuchen las experiencias de horror y resistencia, que se han tejido en medio de sensaciones, aceptaciones y renuncias.

### **“El conflicto armado me apagó”**

*Tengo 48 años, nací en Medellín Departamento de Antioquia, en mi casa éramos muchos por lo que sólo estudié hasta tercero de bachillerato. Soy madre de cinco hijos, dos de ellos muertos en forma violenta, he tenido dos uniones y quiero contar mi historia para divulgar la desprotección de las mujeres humildes de la ciudad; a través de mi relato se puede comprender el abandono estatal, las violaciones a los derechos civiles por parte de los agentes armados, la injusticia legal y el impacto del desplazamiento intraurbano.*

### **Subyugación**

*Cuando era niña vivía con mi mamá, papá, tres hermanos y siete hermanas, vivíamos en un suburbio horrible lleno de ranchos, con mucha violencia y ladrones. Las decisiones sobre la vivienda, la educación y la familia siempre las tomaba mi papá, él era el centro, mi mamá siempre decía “lo que diga su papá”, ella cuidaba a los niños, sobre todo a través de la prohibición católica. En ese entonces la persona más importante para mí era mi papá, ¡yo lo amaba tanto; que a pesar de tantas cosas, él era mi luz.*

*En mi casa habían muchos conflictos entre los hermanitos, sobre todo por el desorden y porque uno se comía todo y no le dejaba al otro, a veces mi hermano mayor estaba ofuscado y nos pegaba a las hermanas, me le enfrentaba, mi mamá nos reprendía con violencia física y en la noche cuando llegaba mi papá le contaba, él se encargaba de resolver la cosa a punta de golpes.*

*A pesar de los golpes de mi mamá, hermano y papá yo me volaba, por eso crecí en la calle con mis amiguitos y amiguitas, esos momentos son inolvidables, en especial una tarde cuando estábamos jugando en una manga y nos metimos la báctica por los calzones porque desfilamos como las señoritas de los reinados, cada niña tenía un novio, a mí siempre me tocó un negrito, en pleno desfile pasó un hombre y nos dijo “me las voy a comer”, yo le contesté “no se me vaya a comer las manos”, él respondió una vulgaridad y agregó “es por la vagina”, todas las niñas corrieron, pero me quedé y le pregunté ¿si por ahí nos comen por dónde vamos a orinar?*

*Es que en ese tiempo a uno no le hablan de nada, además mi mamá era muy católica y yo creo que pensaba que todo era pecado. Por eso cuando me vino la menstruación y se me manchó el vestido, fue un vecino el que me vio toda manchada y me llamó, él fue el que me dijo que tenía que ponerme un trapito, después las compañeras del colegio me dieron más información.*

*Realmente en mi casa nos dejaron solos a cada uno con sus problemas, para que cada quien viera como los resolvía, yo hacía lo que podía y no me importaba si me castigaban, salía a la calle y con mis amigas me ponía a cantar porque mi sueño era ser artista y nunca mamá, porque me gustaba estar con la gente y no en una casa llena de oficios.*

### *Sacrificio*

*Cuando tenía diecisiete años conocí a un muchacho, empezamos a coquetear, la cosa era toda inocente, pero uno se va enamorando y siente que tiene que demostrarle que lo quiere, por eso acepté tener relaciones con él, a mí no me gustó pero yo pensaba que ese era mi deber, así fue como quedé embarazada y sabiendo cómo eran mi mamá y mi papá me fui de la casa. Empecé a rodar de un lado para otro, me daba pena ir a la casa de mi mamá pues por brincona estaba en esa situación.*

*El compañero llevaba la comida a la casa, pero teníamos muchos problemas porque me decía que yo no le servía en la cama, yo intentaba pero no me gustaba, así y todo quedé embarazada de mi hija y el segundo varón. Estábamos muy necesitados y no teníamos dónde meternos con los tres niños. Uno de mis hermanos al ver mi situación me contó que en la parte alta de San Javier<sup>2</sup> había unos terrenos donde la gente estaba levantando ranchos, le conté al compañero y nos fuimos para ya.*

*Así fue como llegué a la Comuna 13, al principio éramos muy poquitos, no teníamos agua, ni luz, ni ningún servicio. Pero las mujeres siempre cuando tenemos hijos nos las arreglamos y hacemos lo que sea, bajábamos a la quebrada por agua, hacíamos hogueras y cocinábamos, cada una defendía su espacio, a mí me tocó ser muy brava y más de una vez darmes trompadas con vecinas.*

*El barrio empezó a llenarse de gente, especialmente de mujeres solas con sus hijos, formamos comités de trabajo, las mujeres fuimos las líderes para el desarrollo del barrio, los hombres se iban a trabajar y nosotras empezamos a montar restaurantes comunitarios, rifas, a solicitar apoyo para la construcción de casas en ladrillo, del acueducto, en fin.*

*Los niños fueron creciendo y los problemas con el compañero se pusieron peores, un día me dijo "negra lo siento mucho pero vos no me servís y ya tengo otra", lo vi recoger sus cosas, hacer la maleta y sin más se fue. Al tiempo llegó otro compañero tuve dos hijos con él y ese también se fue por la misma razón.*

*A principios de los noventa mis dos hijos mayores ya eran adolescentes y empezaron a relacionarse con muchachos del barrio, yo no pude hacer nada, por eso en 1990, de acuerdo con lo que dice la gente, unos policías mataron a mi hijo mayor porque era drogadicto y estaba vinculado con una banda. El barrio se*

---

<sup>2</sup> San Javier es un barrio en el occidente de Medellín. Hace parte de la Comuna 13.

*llenó de gente extraña, los milicianos,<sup>3</sup> después llegaron los paramilitares y el gobierno no se metía en la Comuna 13. Todo el tiempo se enfrentaban entre ellos, balaceras a cada momento y las mujeres corrían de aquí para allá escondiendo a los niños y sufriendo por los más grandes, ¡eso era horrible!*

*A principios del 2000 la cosa estaba peor, cada vez mataban más jóvenes, pero en el resto de la ciudad nadie decía ni hacía nada, en el 2002 mataron a mi segundo hijo sin causas aparentes. Él era un buen muchacho que no se metía con nadie. Mientras vivía mi tragedia personal, en el barrio la cosa se ponía peor pues el ejército empezó a meterse, en mayo la operación Mariscal y el 16 de octubre la operación Orión, los helicópteros sobrevolaban disparando, los milicianos escondidos entre las casas respondían, los paramilitares desde la cima también disparaban, las mujeres sacaban las toallas y pañuelos blancos por las ventanas, pero no paraban y yo con mis hijos escondida bajo la cama.*

*La operación Orión dejó muertos, heridos, huérfanos, desolación, incertidumbre y temor.*

### *Salvación*

*Después de que se acabaron los combates el barrio se llenó de soldados y policías, el gobierno decidió repartir mercados, para ello eligió a las líderes comunitarias, entre ellas yo. Iba casa por casa viendo la situación para entregar el ficho, un joven al que ya le había dado me pidió otro, se lo negué porque había mucha gente con necesidad, él se enojó y respondió “ya vas a ver vieja hijueputa”. Una noche tocaron a mi puerta unos soldados con un muchacho con capucha, después supe que era el del ficho, me asusté, pregunté qué pasaba, no me respondieron, sólo le dijeron al muchacho que señalara si yo era la guerrillera, el joven levantó la mano y apuntó hacia mí. Sin orden de captura me detuvieron diez días acusada injustamente de múltiples delitos entre ellos de rebelión.*

*En el momento de mi detención hacia parte de la junta directiva de la Asociación de Mujeres de las Independencias, AMI,<sup>4</sup> que a su vez estaba vinculada a la Ruta Pacífica de las Mujeres en Antioquia. Cuando mis compañeras de AMI supieron de mi detención, avisaron a la Ruta y todas esas mujeres se unieron por mi libertad, me consiguieron una abogada, hicieron plantones de negro frente al lugar donde estaba detenida, hicieron de todo y protestaron por la Operación Orión, descubrieron que había sido víctima de la red de informantes creada por el gobierno y que yo era una más de las personas que en este país son chivos expiatorios de la política de seguridad democrática.*

---

<sup>3</sup> Los milicianos son grupos armados de las guerrillas urbanas.

<sup>4</sup> AMI: es una Asociación de Mujeres de la Comuna 13, cuyo objetivo es generar condiciones de equidad para ellas a través de dos componentes centrales: la escucha comunitaria y los ahorros destinados a facilitar microcréditos para iniciativas económicas de las mujeres.

*Cuando yo estaba en la cárcel, recordaba el rostro de todas mis compañeras de ruta, sentía que me abrazaban y cuando hicieron el plantón y un vigilante me preguntó ¿usted quién es, que todas esas mujeres están protestando por usted? no aguanté las lágrimas y pensé yo soy una mujer. Mis compañeras demostraron mi inocencia, quedé libre, pero no pude volver a vivir a mi barrio, corría peligro, quedé desplazada, separada de mis hijos.*

*Hoy por hoy, extraño mi rancho, mi gente, mi liderazgo y sobre todo a mis hijos, es muy horrible llamarlos todos los días por teléfono, tener que verlos en cualquier calle fuera del barrio, a veces me desespero porque no sé cómo voy a conseguir la comida para ellos, mi hija ya es mamá y también me preocupa mi nieta, además los dos muchachos son adolescentes y a veces pelean por la comida, así como yo lo hacía con mis hermanos.*

*Hoy lo que sé, es que quien se las da de santo sale crucificado y la vida sigue igual.*

### **La que se ve, la que se presente y el enigma**

#### *La que se ve*

En los últimos 25 años, las mujeres en Medellín han sido víctimas directas e indirectas de las múltiples manifestaciones de violencia y guerra que se escenifican en los barrios de la ciudad, especialmente en los populares en tanto son los escenarios donde se exacerba la contienda protagonizada por los diversos grupos armados.

En lo relativo a la toma de decisiones, la situación es variable debido a que son numerosas las mujeres cabeza de familia que se ven enfrentadas a decidir solas; ellas tratan de actuar de acuerdo a la moral propuesta por la Iglesia Católica; es decir, teniendo como fundamento la noción de pecado, culpa y penitencia. Cadena a la que se agrega honrar al padre y se traduce en obediencia plena.

La jefatura familiar femenina no ha significado un cambio radical en las relaciones sociales, aún persisten los roles tradicionales: hombre proveedor y mujer madre y ama de casa. Debido a la feminización de la pobreza, las mujeres además de sus responsabilidades familiares, salieron a la calle a conseguir dinero con ocupaciones que no rayen con su rol de madre; por ejemplo, coser, curar, recoger material de reciclaje, atender un taller, todas ellas en el hogar o muy cerca.

Por lo general, en los barrios populares de Medellín no hay distinción entre niñas y niños en lo concerniente a los juegos públicos, las chicas practican fútbol, corren por las calles, se esconden, brincan y hacen lo mismo que los niños. Situación que merece pensarse en

relación con los roles tradicionales de los adultos. Se podría pensar que cuando se llega a una etapa, quizá la pubertad, esta indiferenciación cambia, las mujeres son “asentadas”; mientras que los hombres siguen teniendo libertad de movimiento y acción en lo público. De ser diferente, tal vez se observarían otras situaciones en la casa y la calle.

Los conflictos familiares se pueden agrupar en dos tipos: primero los que se presentan entre cónyuges porque el hombre abusa del consumo de alcohol y tiene relaciones con otras mujeres, y también por el desencanto femenino ante la actitud masculina; el segundo tipo se presenta entre hermanos y hermanas por el afecto del padre, porque se cogen cosas que pertenecen a otro/a. Como se ve el conflicto familiar es motivado por celos afectivos y por la concepción de singularidad afincada en la propiedad individual.

Las pocas manifestaciones de afecto que tienen las mujeres con sus compañeros parecen hablar de la inhibición femenina para demostrar su sentir a un hombre delante de los hijos e hijas; pero con ellos y ellas la situación es diferente, algo así como si el único amor legítimo de la mujer es el que siente por sus hijos/as. Además, durante su socialización, escuchó frecuentemente a su madre decir “muéstrate indiferente y serás querida”, de ahí que muchas piensen que si expresan su deseo sufrirán el desprecio masculino.

Es común que las niñas en Medellín construyan sus sueños de acuerdo con las posiciones que tienen en la familia y a la forma como interpretan su medio social y familiar; quizá por la violencia que viven en sus hogares muchas no desean una pareja ni tampoco ser mamás, aunque en la realidad la ciudad presenta los índices más altos del país de embarazos en chicas menores de 18 años.

Es importante detenerse en este punto, pues se esperaría que si no desean ser madres, los índices de embarazos entre adolescentes fueran bajos, pero en los últimos 20 años en Medellín debido a situaciones en las cuales se entremezclan el narcotráfico, las bandas armadas, los milicianos, los paramilitares y el conflicto urbano, ha sido asesinado un número muy grande y no definido de jóvenes, las niñas han acelerado la iniciación de las relaciones sexuales, quizá como una suerte de presentimiento de que ese chico que tanto le gusta puede mañana estar muerto. Se lanzan a vivir su sexualidad sin ninguna protección, tal vez porque sienten que el único valor cultural de la mujer es el de ser madre.

El conflicto armado en Medellín ha cobrado la vida de miles de jóvenes, también ha hecho que los sueños de las niñas se trunquen; si bien, ellas deseaban actuar en lo público y tener reconocimiento social, ahora son niñas criando a niños/as replicando así la lógica tradicional de la cultura de géneros y el lugar que en ella ocupa la mujer.

En los sueños de las niñas también se observa que hay valores que persisten y se incorporan otros asociados casi exclusivamente con lo masculino, como es el deseo de la aventura, centralizar la atención y conquistar la autonomía económica. Proceso de continuidad y discontinuidad que habla de la forma como se transforma la tradicional cultura de géneros, quizá debido a las dinámicas propias de lo urbano, en donde las influencias sobre niñas y niños son diversas y menos controladas que en los espacios rurales.

Pese a que Medellín es una de las ciudades con mayor población de Colombia y es considerada centro comercial, industrial y de servicios, se puede afirmar que en la gran mayoría de los casos la educación sexual es delegada en personas que no pertenecen al núcleo familiar: profesoras/es y amistades, aún el sexo no es tema de diálogo familiar y, en consecuencia, persiste el silencio que conduce hacia la especulación y desorientación.

El cuerpo tampoco es un tema familiar, muchas madres hacen referencia a él siguiendo la representación de que es el “templo de Dios”. En una entrevista realizada en el marco de la investigación ya citada, una mujer contó:

*La llegada de mi primera menstruación ¡fue la locura! no quiero acordarme. Ese día me cogió el día para ir a estudiar, me bañé a la carrera y no noté que dejé los pantalones, mi mamá los vio y muy enojada me preguntó si eran míos, me dobló una toalla y me la hizo poner entre las piernas y no me dijo nada. Me sentía muy incomoda y pensé por qué mi mamá me puso esto y en el recreo me metí al baño y vi. Grité como una loca y me quedé encerrada, llamaron a la monja y ella abrió la puerta, yo pensaba que mi mamá me había hecho usar unos ganchos y me había cortado, ella me ayudó y me dijo que anotaría la fecha a la que estábamos ese día, que cada mes me iba a venir. Me advirtió que tenía que cuidarme, tomar agua de panela, no comer naranja. Me dio mucha rabia, le dije a mi mamá que no me hablarla, pues en el colegio todo el mundo se burlo de mí. ¡Hubiera querido que la tierra me tragara!*

En este relato se hace evidente el silencio de la madre y el hecho de que por lo general en los contextos urbanos se espera que el colegio llene el vacío relativo a la sexualidad, mediante la divulgación de información científica, quizás olvidando la singularidad de la joven. Se

puede decir que el tabú sobre la menstruación en tanto signo de lo femenino no sólo dice del control, a través del desconocimiento, del cuerpo de las mujeres, sino también de la escasa apropiación que éstas tienen de su especificidad, de la alteridad que encarnan en relación con lo masculino.

Aún hoy muchas niñas y jóvenes afirman que sus padres no les permiten relacionarse con niños y jóvenes, identifican que la razón es que los padres piensan que hombres y mujeres no pueden estar juntos. Se presenta un asunto por considerar: primero, los roles entre los adultos son estáticos, hombre proveedor y mujer madre y ama de casa; segundo, durante la temprana infancia no hay distinción en los juegos entre niños y niñas; tercero, se dice que los padres no aceptan la relación niño-niña.

Como se ya se afirmó puede ser que no hay distinción en los juegos y que ella aparece durante la pubertad, cuando el cuerpo es apto para la reproducción; pero quedan interrogantes ¿si no hay distinción en los juegos, cómo los padres no permiten la relación con los niños? ¿Acaso las niñas pueden practicar juegos “masculinos”, siempre y cuando lo hagan sólo con mujeres; por ejemplo, fútbol con equipos compuestos por niñas?

La realidad de los barrios populares de Medellín muestra a una niña acompañada por su madre, con un padre severo que no siempre está en el hogar; de modo que, la niña puede jugar con los niños; en este sentido, la madre es flexible respecto a las ideas del padre, pero cuando éste regresa adquiere plena vigencia la distinción. En estos barrios es usual ver en las tardes juegos de contacto entre chicos y chicas, situación que contrasta con la noche, donde los chicos juegan con una pelota en la calle y la niña, bajo la vigilancia paterna, observa desde la ventana.

La madre cuando la niña ya puede reproducirse acrecienta la vigilancia y empieza a proponerle una relación de oposición con los niños. A modo de hipótesis se puede pensar que en Medellín la niñez femenina oscila entre las exigencias de un padre severo y la intimidación de una madre que hace cumplir la autoridad del varón, a la vez que encubre la transgresión que de ella hace la niña, una niña de día y otra de noche; sin embargo, cuando llega a la pubertad se le exige ser y actuar todo el tiempo según la opinión masculina.

Tal vez la actitud de la madre es el resultado de una situación bipolar, por una parte está intimidada por la severidad de su compañero y, en consecuencia, obligada a hacer cumplir sus decisiones; por la otra, siente temor de las reacciones masculinas contra los niños y niñas. Así, a pesar de que sus hijos e hijas transgredan la regla, ella prefiere quedarse en silencio.

De lo anterior se puede colegir que la severidad del padre corresponde a una autoridad ganada por el temor que inspira, por su propio temor esta madre es patriarcal y se convierte en vigilante de la sexualidad femenina; la cual está asociada a la reproducción, de ahí que cuando la niña se vuelve adolescente, la madre marca la separación entre niños y niñas; una niña se ve de día, de noche otra se presente.

#### *La que se presente*

La niña que se ve de día está lejos de la mirada del padre, es vista en lo público, encarna movimiento, libertad y risa; la que se presente en la noche es aquella que tiene destino (expresión que se usa en Medellín para nombrar a las labores domésticas de cocinar, limpiar y servir), esta última carga con la mirada vigilante de la madre patriarcal, que haciendo eco del padre, la confina tras las rejas del hogar.

Rejas que se construyeron con la intención de proteger a la familia de la delincuencia urbana, pero que hacen de símil de la cárcel para la mujer formada por la tradicional cultura de géneros; así, la primera menstruación pareciera señalar el momento de reclusión de la mujer, pues con ella se activa la potencia femenina de traer vida a la cultura. A partir de entonces hombres y mujeres tienen mundos diferentes, él la calle y ella la casa, al varón lo espera la aventura y con ella la contingencia; mientras que la hembra ya tiene destino: ser mamá.

Pero por el conflicto ya no hay seguridad sobre quién es la que se presente, pues el destino quizás, hoy por hoy, sea la guerra, la mujer vengativa que aniquila su ser por el dolor de haber perdido a quien parió y amó.

#### *El enigma*

El conflicto armado irrumpió en la vida barrial desconfigurando relaciones sociales y familiares, el rumor, la violencia intrafamiliar, las dudas y la impotencia empezaron a predominar. Es importante destacar el hecho de que la violencia impide el pensamiento claro y la

aplicación de conocimientos adquiridos con anterioridad, como si el conflicto suspendiera el juicio pues hace sentir a quien lo padece u observa la ineeficacia de la palabra y el control que el otro tiene sobre la propia vida. De este modo, derrumba autonomías, resistencias y singularidades, a la vez que fortalece posiciones intolerantes, radicales y promueve silencios; situación que en este contexto se podría pensar como la invasión de la guerra, que también se traduce en la construcción de mayores obstáculos para el liderazgo femenino.

De día madre y de noche amante, pareciera ser más un juego de palabras que una realidad empírica, pues si bien es claro que durante la vida adulta la mujer en Medellín es legitimada como madre, no queda claro que ella legítimamente pueda ser tratada como amante, ambas posiciones parecen describir los dos polos de una condición femenina: el primero racional, solar y diurno de la madre abnegada; el segundo intuitivo, lunar y nocturno de la amante oculta. La madre y la amante no parecen vivir en un mismo cuerpo, pues él es el escenario de la higiene, la producción y el control que se le exigen a la madre patriarcal y que se le piden abandonar a la amante quien encarna el derroche de pasión. De día la madre es la vigilante del patriarcado y de noche la amante es la que satisface al hombre, entonces resulta que pese a ser cuerpos diferentes, son equiparadas por el hecho de servir al varón.

La Madre abnegada que aniquila su sexualidad tal vez responde a la tradición que exige en vida pagar una culpa; rápidamente oscila entre víctima y responsable, protectora y alcahueta. Su vida parece describir las pericias de una criatura abandonada a su suerte en un valle de lágrimas; en medio de la resequedad de la vida sólo encuentra consuelo en el más allá, pero en el más acá puede desear venganza, siente temor mezclado con rabia hacia quienes identifica como responsables de su dolor. Madre que reclama a su sangre venganza, que mata en sí misma el deseo y que posiblemente se aleja de los valores que alguna vez fueron asociados con lo femenino.

Las mujeres brindan su esperanza acompañada de recelo, su conocimiento histórico y empírico las empuja a actuar a favor de la paz, pero algunas enseñan la forma como el conflicto endureció su corazón con la armadura del dolor traducido en odio, haciendo necesario que fortalezcan argumentos pacifistas, que proliferen sueños de vida que frenen acciones de muerte. El camino está por construirse y es necesario convocar a todas para su realización; ya hay bases y para

consolidarlas se requiere de la fuerza del amor que rompa la constelación subyugación, sacrificio y salvación.

*lopesan@hotmail.com*

**Sandra López.** Investigadora independiente. Antropóloga de la Universidad de Antioquia, con estudios de maestría en filosofía.

Recepción: 24 de enero de 2005

Aprobación: 09 de febrero de 2005

## Bibliografía

- Adorno, Theodor (1975), "Dialéctica Negativa", Versión española de José María Ripalda, en *Cuadernos para el diálogo*, Madrid: Taurus.
- Choza, Jacinto y Pilar Choza (1996), Ulises, *Un Arquetipo de la Existencia Humana*, Barcelona: Ariel.
- El Miedo. Reflexiones Sobre su Dimensión Social y Cultural* (2002), Medellín: Corporación Región.
- Fernández, Ana María (1992), *Las Mujeres en la Imaginación Colectiva. Una Historia de Discriminación y Resistencias*, Buenos Aires: Paidós.
- Jimeno, Myriam et al. (2002), *Chocó Diversidad Cultural y Medio Ambiente*, Bogotá: Banco de la República.
- López, Sandra y Beatriz, Vélez (2001), "La mujer campesina en Colombia: ¿Entre lo horrible y lo peor?", en *Nova & Vetera*, Boletín de Derechos Humanos Guillermo Cano, núm. 45, Bogotá.
- López, Sandra y Beatriz, Vélez (2000), "Sangre: Violencias Culturales e Identidades Juveniles en el Contexto Colombiano", en *Revista Nómadas de la Universidad Central*, núm. 13, octubre de 2000, Bogotá.
- López, Sandra y Beatriz, Vélez (2002), "Colombia: una Tierra en Plena Maduración", en *Expresión y Vida, prácticas en la diferencia*, Bogotá: ESAP.
- López, Sandra y Beatriz, Vélez (2002), "Cuerpo y Palabra de Mujer: Nicho vital de la cultura", en *Expresión y Vida, prácticas en la diferencia*, Bogotá: ESAP.
- López, Sandra y Beatriz, Vélez (2001), "La Puesta en Escena de la Corporalidad Femenina y Masculina en la Escuela Urbana: Linda como una Muñeca y Fuerte como un Campeón", en *La Ventana*, Revista de estudios de género, núm. 14, vol. II, Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara.
- López, Sandra y Beatriz, Vélez (2001), "Cuerpo Materno e Imaginación: Hermenéutica de una Posible Humanización", en *Revista Utopías Siglo XXI*, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia.
- Mesa de Trabajo Mujer y Conflicto Armado (2003), "Informe Sobre Violencia Sociopolítica Contra Mujeres, Jóvenes y Niñas en Colombia", tercer Informe, Bogotá.

- Mesa de Trabajo Mujer y Conflicto Armado (2001), "Informe Sobre Violencia Sociopolítica Contra Mujeres y Niñas en Colombia", segundo Avance, noviembre de 2001, Bogotá.
- Ruta Pacífica de Mujeres de Colombia (2003), "Efectos del conflicto armado en las mujeres y formas de resistencias", proyecto de investigación, Medellín.
- Varios autores, "El Conflicto, Callejón con Salida. Informe Nacional de Desarrollo Humano Colombia – 2003. Entender para Cambiar las raíces locales del conflicto", Bogotá: UNDP.
- Vernat Jean, Pierre (1986), *La Muerte en los Ojos. Figuras del otro en la antigua Grecia*, Barcelona: Gedisa.
- Watson, Meter (1989), *Guerra, persona y destrucción*, México: Nueva Imagen.
- Wulff Alonso, Fernando (1997), *La Fortaleza Asediada. Diosas, Héroes y Mujeres Poderosas en el Mito Griego*, Salamanca: Universidad de Salamanca.